

LEONARDO PADURA
PAISAJE DE OTOÑO

M A X I
TUSQUETS
EDITORES

Para Ambrosio Fornet, el mejor lector
de la historia literaria cubana.

Para Dashiell Hammett,
por *El halcón maltés*.

Para los amigos que, lejos o cerca,
son parte de esta historia.

Y, afortunadamente, para ti, Lucía

NOTA DEL AUTOR

En 1990, cuando comencé a escribir la novela *Pasado perfecto*, nació el teniente investigador Mario Conde, protagonista de aquel libro. Un año y medio después, publicada ya la novela, una noche el Conde me susurró al oído algo que, después de pensarlo unos días, terminó por parecerme una buena idea: ¿por qué no hacemos otras novelas? Y decidimos, entonces, escribir otras tres piezas que, unidas a *Pasado perfecto* (que transcurría en el invierno de 1989), conformaran la tetralogía de «Las cuatro estaciones». Así concebimos *Vientos de cuaresma* (primavera), *Máscaras* (verano) y este *Paisaje de otoño*, cuya redacción concluimos en el otoño de 1997, unos días antes del cumpleaños del Conde y del mío, que por cierto nacimos el mismo día pero no en el mismo año.

Quiero decir con esta confesión apenas dos cosas: que le debo al Conde (personaje literario, nunca real), la suerte de haber transitado por todo un año de su vida, siguiéndolo tras sus cavilaciones y aventuras; y que sus historias, como siempre advierto, son ficticias, aunque se parezcan bastante a algunas historias de la realidad.

Por último, debo agradecer a un grupo de amigos-lectores, su paciencia deglutiendo y analizando cada una de las versiones de *Paisaje de otoño*, ejercicio sin el cual el libro nunca sería lo que es —para bien o para mal. Ellos son, fieles como siempre, Helena Núñez, Ambrosio Fornet, Álex Fleites, Arturo Arango, Lourdes Gómez, Vivian Lechuga, Beatriz Pérez, Dalia Acosta, Wilfredo Cancio, Gerardo

Arreola y José Antonio Michelena. También mi agradecimiento a Greco Cid, que me regaló al personaje del doctor Alfonso Forcade. A Daniel Chavarría, que me inspiró la historia del Galeón de Manila. A Steve Wilkinson, que vio los errores que nadie había visto. A mis editores Beatriz de Moura y Marco Tropea, que me obligaron a escribir con el hacha, como recomendaba Rulfo. Y, por supuesto, mi gratitud a la persona que ha sostenido y soportado, más que nadie, todo este empeño: Lucía López Coll, mi esposa.

... Recapacitó y dijo:

—Prefiero los cuentos que tratan de la escualidez.

—¿De qué? —dije, inclinándome hacia delante.

—Escualidez. Estoy sumamente interesada en la escualidez.

J.D. Salinger

Huracán, huracán, venir te siento.

José María Heredia

—¡Acaba de venir...! —gritó al fin hacia un cielo que encontró lánguido y apacible, todavía pintado con aquella engañosa paleta azul del mes de octubre: gritó con los brazos en cruz, el pecho desnudo, expulsando su reclamo desesperado con todas las fuerzas de sus pulmones, para que su voz viajara y también para comprobar que su voz existía, después de tres días sin pronunciar una sola palabra.

Su garganta, lacerada por cigarros y alcoholes desmesurados, sintió al fin el alivio del alumbramiento, y su espíritu disfrutó aquel mínimo acto libertario, capaz de provocarle una efervescencia interior que lo puso al borde de un segundo grito.

Desde la altura de su azotea, Mario Conde había oteado el firmamento limpio de brisas y de nubes, como el vigía de la nave perdida, con la esperanza malsana de que su encumbramiento le permitiera ver al fin, en el último recodo del horizonte, aquellas dos aspas agresivas que durante varios días había seguido en su tránsito por los mapas meteorológicos, mientras se aproximaba a su destino prescrito: la ciudad, el barrio y aquella misma azotea desde la cual él las convocaba.

Al principio había sido una muesca remota, todavía innombrada en su incipiente escala de depresión tropical, que se alejaba de las costas africanas atrayendo nubes calientes para su danza macabra; dos días después adquiriría la categoría inquietante de perturbación ciclónica, y era ya una flecha envenenada en medio del Atlántico, con la proa di-

rigida hacia el mar Caribe y con derecho prepotente a ser bautizado: *Félix*; sin embargo, la noche anterior, cebado hasta convertirse en huracán, apareció como un remolino grotescamente encimado sobre el archipiélago de la Guadalupe, azocado por aquel desolador abrazo eólico de doscientos kilómetros por hora, que avanzaba dispuesto a derribar árboles y casas, a trastocar el curso histórico de los ríos y las altitudes milenarias de las montañas, a matar animales y personas, como una maldición venida de un cielo que seguía sospechosamente lánguido y apacible, como una mujer lista para el engaño.

Pero Mario Conde sabía que ninguno de aquellos accidentes y falacias alteraría su destino ni su misión: desde que lo vio nacer en los mapas, había sentido una extraña afinidad con aquel engendro de huracán: ese cabrón llega hasta aquí, se dijo, mientras lo veía avanzar y crecer, porque algo en la atmósfera exterior o en su propia depresión interior —cargada de cirros, nimbos, estratos y cúmulos relampagueantes, aunque siempre incapaces de transformarse en huracán— le había advertido de las intenciones y necesidades verdaderas de esa masa de lluvias y vientos enloquecidos que el destino cósmico había creado con el propósito marcado de atravesar aquella precisa ciudad para ejecutar una purificación esperada y necesaria.

Pero esa tarde, hastiado de tanta vigilia pasiva, el Conde optó por el llamado verbal. Sin camisa, con los pantalones apenas abrochados y portando una carga ética que ponía en combustión sus motores más ocultos, escaló por una ventana hacia la azotea para encontrarse con aquel atardecer otoñal, agradablemente cálido, donde por más que lo deseaba no pudo descubrir la menor huella de un agazapamiento ciclónico. Bajo aquel cielo engañoso, y olvidado por un instante de sus propósitos, el Conde se dedicó entonces a observar la topografía del barrio, poblada de antenas, palomares, tendederas de ropa y tanques de agua que reflejaban una cotidianidad simple y agreste a la que él, sin

embargo, no parecía tener acceso. Sobre la única colina del barrio, como siempre, encontró la corona de tejas rojas de aquel falso castillo inglés en cuya construcción había trabajado su abuelo Rufino el Conde hacía casi un siglo. Aquella permanencia empecinada de ciertas obras, más allá de la vida de sus creadores, resistiendo incluso el paso de huracanes o tormentas o ciclones o tifones o tornados o hasta vendavales le pareció la única razón válida de la existencia. ¿Y qué quedaría de él si ahora mismo se lanzaba al aire como la paloma que una vez imaginara? Un olvido infinito, debió de responderse, un vacío rampante como el de todas aquellas gentes anodinas que iban y venían por la serpiente negra de la Calzada, cargados de jabas y esperanzas, o con las manos vacías y las mentes llenas de incertidumbres, quizás ajenos a la cercanía de huracanes terribles y necesarios, aquellas personas indiferentes incluso a la vacuidad de la muerte, sin voluntad de memoria ni expectativas de futuro, a quienes alarmó con el grito desesperado que lanzó hacia el más lejano horizonte:

—¡Acaba de venir, coño...!

Como si fuera carne viva imaginó el dolor posible del corcho al ser penetrado por la implacable espiral metálica. La hundió hasta las últimas consecuencias, con precisión de cirujano y decidido a no fallar: conteniendo la respiración tiró hacia arriba, delicadamente, y el corcho salió como un pez abrazado al anzuelo de su perdición. El vaho alcohólico que escapó de la botella subió hasta él, rotundo y provocador, y sin reparar en medidas, vertió una larga dosis del líquido en un vaso, para tragarla de un solo golpe, con ímpetu de cosaco perseguido por los aullidos del invierno.

Entonces la observó con angustia: aquélla era la última botella de una reserva apresurada, hecha tres días antes, cuando el teniente investigador Mario Conde abandonó la

Central después de haber firmado la solicitud de licenciamiento y decidió encerrarse a morir de rones, de cigarros, de penas y de rencores. Siempre había pensado que cuando cumpliera sus deseos de dejar la policía iba a sentir un alivio capaz de hacerlo cantar, bailar y por supuesto, beber, pero sin remordimientos ni pesares, pues no hacía más que cumplir una voluntad de emancipación postergada por demasiado tiempo. A estas profundidades de su vida se decía que nunca había sabido exactamente por qué dijo sí y se hizo policía, y después tampoco pudo saber con certeza por qué demoraba su escape de aquel mundo al cual, a pesar de todas las contaminaciones, jamás había pertenecido cabalmente. Quizá su argumento de que era policía porque no le gustaba que los hijos de puta se quedaran sin castigo le había complacido tanto que llegó a creerlo y a convenirse. Tal vez aquella falta de capacidad para tomar decisiones que había guiado toda su vida errática, lo amarró a una rutina coronada por la satisfacción de sus éxitos más que dudosos: atrapar a asesinos, violadores, ladrones o estafadores que ya lo eran, sin remedio. Pero de lo que no tenía dudas era de que el mayor Antonio Rangel, su jefe desde hacía ocho años, había sido el principal culpable de la postergación casi infinita de su voluntad de fuga. La relación de tensiones fingidas y respetos verdaderos que estableció con el Viejo, había funcionado como una técnica dilatoria demasiado eficaz y sabía que jamás habría tenido el valor necesario para llegar a la oficina del quinto piso con su planilla de licenciamiento en las manos. Por eso fundaba sus esperanzas de estampida en la jubilación del Mayor, que ya había cumplido los cincuenta y ocho y podía ser efectiva en dos años más.

Pero aquel último viernes, de un solo golpe, habían caído todos los parapetos reales y ficticios. La noticia de la sustitución del mayor Rangel había corrido con la intensidad de la peste por los pasillos de la Central, y al escucharla el Conde sintió cómo el movimiento quemante del

miedo y la impotencia atenazaban su espalda y tocaban su cerebro. La comentada pero nunca concebible salida del Viejo no iba a ser el último capítulo de aquella historia de persecuciones, interrogatorios y castigos a la cual habían sido sometidos los investigadores de la Central por otros investigadores encargados del acto contra natura de espiar e investigar a la policía. Los largos meses que duraba aquella inquisición habían servido para ver la caída de cabezas al parecer intocables, mientras el miedo se alzaba como protagonista de una tragedia con sabor a farsa que venía dispuesta a cumplir sus tres actos reglamentarios y hasta el fin: un fin imprevisible que arrastraba en su desenlace, incluso, a lo que todos creyeron invulnerable y sagrado.

Y sin pensarlo dos veces Mario Conde optó por la solución de la renuncia. Sin querer oír ninguna de las viperinas razones que se comentaban como factibles para la salida del Viejo, escribió en un papel la solicitud de licenciamiento por motivos personales, esperó pacientemente el elevador que lo llevaría hasta el quinto piso y, luego de firmar su carta, la entregó a la oficial que encontró en el vestíbulo de la que había sido —y ya nunca volvería a ser— la oficina de su amigo, el mayor Antonio Rangel.

Pero, en lugar de alivio, el Conde se sorprendió invadido de dolor. No, claro que no: aquella no era la vía del escape victorioso y autosuficiente que siempre había imaginado, sino un escabullimiento reptil que ni el mismo Rangel le perdonaría jamás. Por eso, en lugar de cantar y bailar, optó sólo por beber y tratar de olvidar, y de regreso a su casa gastó toda su economía en la compra de siete botellas de ron y doce cajetillas de cigarros.

—¿Qué?, ¿tienes fiesta? —le preguntó con sonriente confianza el chino que trabajaba como dependiente de la bodega, y Mario Conde lo miró a los ojos.

—No, paisano, un velorio —y salió a la calle.

Mientras se desnudaba y bebía un vaso de la primera

botella desvirgada, el Conde descubrió cómo se había concretado la muerte anunciada de *Rufino*, su pez peleador: flotaba en una media agua que siempre parecía media tinta, oscura y enferma, abiertas sus aletas como una flor envejecida y a punto de perder sus pétalos.

—Me cago en Dios, *Rufino*, cómo se te ocurre morirte ahora y dejarme solo... si ya te iba a cambiar el agua —le dijo al cuerpo estático, y terminó el trago antes de lanzar líquido y cadáver a la voracidad del inodoro.

Ya con el segundo vaso en la mano y sin sospechar que estaría casi tres días sin pronunciar palabra, Mario Conde desconectó su teléfono y recogió el periódico doblado debajo de la puerta, para colocarlo junto al inodoro y darle en su momento el uso que merecía aquel papel manchado de tinta. Y fue entonces cuando lo vio, discreto, en una esquina de la segunda página: era una muesca, aún innombrada, dibujada al oeste de Cabo Verde y que desde la latitud fría del mapa le produjo el temblor eléctrico de un presentimiento: ese cabrón llega hasta aquí, pensó de inmediato, y empezó a desecharlo con todas sus fuerzas, como si resultara posible atraer con la mente a aquel engendro catastrófico y purificador. Y se sirvió un tercer vaso de ron, para esperar en paz la venida del ciclón.

Se despertó con la certeza de que el huracán había llegado. Los truenos retumbaban tan cercanos que no se explicó cómo había encontrado un cielo apacible apenas unas horas antes. La tarde apresurada del otoño se había hundido bajo el peso de la oscuridad y, convencido de estar escuchando truenos, todavía se sorprendió por la ausencia de lluvia y de viento, cuando tras los últimos ecos retumbantes le llegó la voz:

—Oye, Mario, que soy yo. Abre, dale, yo sé que tú estás ahí.

Una brecha de lucidez rasgó la resaca ética compac-

tada en su cerebro, y una luz de alarma iluminó su conciencia. Sin ocultar sus desnudeces reducidas por el temor, el Conde corrió hacia la puerta de la calle y la abrió.

—¿Qué tú haces aquí, salvaje? —preguntó con la puerta abierta y un mal presentimiento en el pecho—. ¿Le pasó algo a Josefina?

Una risa explosiva devolvió al Conde a la noción de sus actos irreparables, y la voz del flaco Carlos le advirtió de las magnitudes del desastre que acababa de cometer:

—Coño, bestia, qué pichicorto tú eres... —para dejar espacio otra vez a la risa, que se multiplicó con las de Andrés y el Conejo, cuyas cabezas se habían asomado para comprobar la afirmación del Flaco.

—Más pichicorta será tu madre —fue lo único que pudo decir, mientras se batía en retirada, mostrando al adversario la palidez incongruente de sus nalgas.

El Conde debió tragarse dos duralginas para espantar el dolor de cabeza amenazante, que prefirió achacar al susto antes que al ron: la presencia imprevista del flaco Carlos, en su silla de ruedas, le había hecho temer que algo le hubiera ocurrido a Josefina. Hacía mucho tiempo que su mejor amigo no iba a su casa y había pensado que aquella visita sólo podía tener en su origen alguna desgracia. La imagen enfermiza que tuvo esa tarde, cuando se vio romper el vacío sin la solución de unas alas, le pareció definitivamente inalcanzable: ¿irse así y dejar a sus amigos? ¿Dejar solo a Carlos sobre su silla de ruedas y matar de tristeza a la vieja Jose? El agua que corrió por su cara arrastró los últimos lodos de sueño y de dudas. No, él no podía, al menos por ahora.

—Es que pensé lo peor —dijo cuando al fin regresó a la sala con un cigarro en la boca y vio que Carlos, el Conejo y Andrés ya se habían servido los restos mortales de su última botella de ron.

—¿Y qué tú crees que pensamos nosotros? —lo agredió el Flaco y tragó un poco de ron—. Tres días sin saber dónde

coño estabas metido, con el teléfono sin funcionar, sin avisar ni un carajo... Te la comiste, salvaje, ahora sí te la comiste, tú.

—Oye, está bueno ya, que yo no soy un muchacho —intentó defenderse el policía.

Andrés, como siempre, trató de imponer la conciliación.

—Bueno, caballeros, si no pasó nada —y mirando al Conde—. Es que Josefina y Carlos estaban preocupados por ti, Mario. Por eso lo traje hasta aquí, él no quiso que yo viniera solo.

El Conde observó a su mejor y más viejo amigo, convertido en una masa amorfa, desbordada sobre los brazos del sillón, donde se cebaba como un animal destinado al sacrificio. Nada quedaba ya de la figura descarnada del que fuera el flaco Carlos, porque su destino había sido revertido por una bala de mala entraña que lo dejó inválido para siempre. Pero allí estaba también, íntegra e invencible, toda la bondad de aquel hombre que cada vez más convencía al Conde de las injusticias del mundo. ¿Por qué tuvo que pasarle algo así a un tipo como Carlos? ¿Por qué alguien como él tenía que ir a una guerra lejana y oscura a perder lo mejor de su vida? Dios no puede existir si pasan estas cosas, pensó, y el alma en pena del policía se sintió conmovida, casi a punto de partirse en dos cuando el Flaco le dijo:

—Hubieras llamado y ya.

—Anjá, tenía que haber llamado. Para decirte que renuncié a la policía.

—Menos mal, mi hijo, me tenías de lo más preocupada —suspiró Josefina y le dio un beso en la frente—. Pero mira eso, qué cara tienes. Y ese olor. ¿Cuánto ron has tomado? Y estás flaco que das miedo...

—Y lo que descubrimos —intervino Carlos, marcando

entre sus dedos la reducida virilidad visible del Conde, y volvió a reír.

—Conde, Conde —intervino preocupado el Conejo—, tú que eres medio escritor, sácame de esta duda semántica: ¿cuál es la diferencia entre lástima y lastima?

El Conde miró a su interrogador, que apenas podía ocultar sus dientes descomunales tras el labio superior. Como siempre fue incapaz de saber si la mueca escondía una sonrisa o simplemente unos dientes de conejo.

—No sé... el acento, ¿no?

—No: el tamaño —dijo el Conejo y liberó su dentadura, para reír larga y sonoramente, convocando la burla de los demás.

—No le hagas caso, Condesito —se lanzó Josefina al rescate y le tomó las manos—. Mira, como yo me imaginé que a lo mejor estos tres que dicen ser tus amigos te traían para acá, y como también me imaginé que tendrías hambre, porque se ve que tienes hambre, me puse a pensar y a pensar, qué le hago de comida a estos muchachos, y, sabes, no se me ocurría nada especial. Es que cuesta un trabajo conseguir cualquier cosa... Y ahí mismo: pam... se me encendió el bombillo y me fui por lo más fácil: un arroz con pollo a la chorrera. ¿Qué te parece?

—¿Con cuántos pollos, Jose? —indagó el Conde.

—Tres y medio.

—¿Y le pusiste pimientos?

—Sí, para decorarlo. Y lo cociné con cerveza.

—Así que tres pollos y medio... ¿Y tú crees que nos alcance? —siguió preguntando el Conde, mientras empujaba la silla del Flaco hacia el comedor, con la habilidad adquirida por los años de ejercicio.

El juicio final de los comensales fue unánime: a este arroz le faltan los guisantes verdes, dijeron, aunque sabe bien, también dijeron, después de ingerir tres platos hondos de aquel arroz transfigurado con la grasa y los sabores del pollo.

Para hacer la sobremesa con ron se encerraron en el cuarto del Flaco, mientras Josefina se sentaba a dormitar frente al televisor.

—Pon algo ahí en la grabadora, Mario —exigió el Flaco y el Conde sonrió.

—¿Igual que siempre? —preguntó, por puro gusto retórico y recibió la sonrisa y la respuesta de su amigo.

—Igualito...

—Bueno, vamos a ver, ¿qué te gustaría oír? —dijo uno.

—¿Los Beatles? —siguió el otro.

—¿Chicago?

—¿Fórmula V?

—¿Los Pasos?

—¿Credence?

—Anjá, Credence —dijeron los dos, a coro, con la perfección de una secuencia ensayada mil veces y representada otras mil, a través de incontables años de complicidad—: Pero no me digas que Tom Fogerty canta como un negro, ya te dije que canta como Dios, ¿verdad? —y los dos asintieron, admitiendo su más raigal conformidad, pues ambos sabían perfectamente que sí: aquel cabrón tipo cantaba como Dios, y lo empezó a demostrar cuando el Conde oprimió el *play* y Fogerty, con los Credence Clearwater Revival, atacó su versión irrepitible de *Proud Mary*... ¿Cuántas veces había vivido esa misma escena?

Sentado en el piso, con el trago de ron a su lado y el cigarro vivo en el cenicero, el Conde cedió a la exigencia de sus amigos y les contó los últimos acontecimientos en la Central y su decisión irrevocable de dejar la policía.

—Ya ni me importa qué pueda pasar con los hijos de puta... Total, cada día hay más. Batallones de hijos de puta...

—Regimientos... ejércitos —fue la opinión de Andrés, que extendió el poderío logístico y cuantitativo de aquellos invasores, más resistentes y fecundos que las cucarachas.

—Tú estás loco, Conde —fue la conclusión de Carlos.

—Y si te vas de la policía ¿qué cosa vas a hacer? —fue la pregunta del Conejo, sujeto visceralmente histórico, siempre necesitado de razones, causas y consecuencias hasta para los acontecimientos más nimios.

—Eso es lo que menos me importa. Lo que quiero es irme...

—Oye, salvaje —intervino Carlos, colocando entre sus piernas el vaso con ron—, haz lo que tú quieras, que sea lo que sea, para mí va a estar bien, porque para eso soy tu amigo, ¿no? Pero si te vas a ir, vete con ganas, sin esconderte detrás de un pomo de alcohol. Párate en el medio de la Central y grita: «Me voy porque me sale de los cojones», pero no te escabullas, como si debieras algo, porque tú no le debes nada a nadie, ¿verdad?...

—Pues yo me alegro por ti, Conde —dijo entonces Andrés mientras se miraba las manos con las que se dedicaba, tres veces a la semana, a abrir abdómenes y cajas torácicas enfermas, con la misión de reparar lo que fuera reparable y cortar y botar lo enfermo y lo inservible—. Me gusta eso de que alguno de nosotros mande todo a la mierda y se decida a esperar que venga lo que quiera venir.

—Un ciclón —susurró el Conde, después de un trago, pero su amigo continuó, como si no lo hubiera oído.

—Porque tú sabes que somos una generación de mandados y ése es nuestro pecado y nuestro delito. Primero nos mandaron los padres, para que fuéramos buenos estudiantes y buenas personas. Después nos mandaron en la escuela, también para que fuéramos muy buenos, y nos mandaron a trabajar después, porque ya todos éramos buenos y podían mandarnos a trabajar donde quisieran mandarnos a trabajar. Pero a nadie se le ocurrió nunca preguntarnos qué queríamos hacer: nos mandaron a estudiar en la escuela que nos tocaba estudiar, a hacer la carrera que teníamos que hacer, a trabajar en el trabajo en que teníamos que trabajar y siguieron mandándonos, sin preguntarnos ni una cabrona vez en la repañetera vida si eso era lo que quería-

mos hacer... Para nosotros ya todo está previsto, ¿no? Desde el círculo infantil hasta la tumba del cementerio que nos va a tocar, todo lo escogieron, sin preguntarnos nunca ni de qué mal nos queríamos morir. Por eso somos la mierda que somos, que ya no tenemos ni sueños y si acaso servimos para hacer lo que nos mandan...

—Oye, Andrés, así tampoco —trató de salvar algo el flaco Carlos, mientras se servía más ron.

—Así tampoco ¿qué, Carlos? ¿Tú no fuiste a la guerra de Angola porque te mandaron? ¿No se te jodió la vida encaramado en esa silla de mierda por ser bueno y obedecer? ¿Alguna vez se te ocurrió que podías decir que no ibas? Nos dijeron que históricamente nos tocaba obedecer y tú ni siquiera pensaste en negarte, Carlos, porque nos enseñaron a decir siempre que sí, que sí, que sí... Y éste —señaló al Conejo, que había logrado el milagro de ocultar sus dientes y por una vez parecía realmente serio ante la inminencia de una andanada mortífera—: además de jugar con la historia y cambiar de mujer cada seis meses, ¿qué cosa ha hecho con su vida? ¿Dónde coño están los libros de historia que iba a escribir? ¿Dónde se le perdió todo lo que siempre dijo que quería ser y que nunca ha sido en su vida? No me jodas, Carlos, por lo menos déjame estar convencido de que mi vida es un desastre...

El flaco Carlos, que hacía mucho había dejado de ser flaco, miró a Andrés. La amistad que existía entre ellos cuatro tenía más de veinte años de antigüedad sedimentada y muy pocos secretos por descubrir. Pero en los últimos tiempos algo había ocurrido en el cerebro de Andrés. Aquel hombre a quien admiraron primero cuando había sido el mejor jugador de pelota del Pre, aupado por los aplausos de sus compañeros, con el mérito viril de haber perdido la virginidad con una mujer tan hermosa y tan loca y tan envolvente que todos hubieran deseado perder con ella hasta la vida, aquel mismo Andrés que luego sería el médico eficiente al cual todos acudían, el único que había logrado un

matrimonio envidiable, con dos hijos incluidos, y había recibido el privilegio de tener casa propia y auto particular, se estaba revelando como un ser lleno de frustraciones y rencores, capaces de amargarlo y de envenenar el ambiente que lo rodeaba. Porque Andrés no era feliz, ni se sentía satisfecho con su vida y se encargaba de que todos sus amigos lo supieran: algo en sus proyectos más íntimos había fallado y su camino vital —como el de todos ellos—, se había torcido por rumbos indeseables aunque ya trazados, sin el consentimiento de su individualidad.

—Está bien, vamos a decir que tienes razón —admitió resignado Carlos, bebió un trago largo y agregó—: Pero no se puede vivir pensando así.

—¿Por qué, bestia? —terció el Conde lanzando el humo de su cigarro y recordando otra vez sus alcohólicos impulsos suicidas de aquella tarde.

—Porque entonces uno tiene que aceptar que todo es una mierda.

—¿Y no lo es?

—Tú sabes que no, Conde —afirmó Carlos y miró hacia el techo desde su silla de ruedas—. No todo, ¿verdad?

Cayó en la cama con la cabeza poblada de vapores aguardentosos y de los lamentos generacionales de Andrés. Acostado, empezó a desvestirse y lanzó al suelo cada prenda de ropa. Presentía ya el dolor de cabeza que lo acompañaría al amanecer, justo castigo por sus excesos, pero advirtió cómo su mente disfrutaba en ese instante de una extraña actividad, capaz de poner en marcha ideas, recuerdos, obsesiones, dotadas de una corporeidad agitada. Por eso abandonó la cama, con un esfuerzo físico supremo, y fue hasta el baño en busca de las duralginas capaces de abortar la recurrente cefalea. Calculó que bastaba con dos y las deglutió con agua. Después caminó hacia el inodoro y dejó caer un chorro ámbar y débil que se escurrió por

los bordes ya manchados de la taza y lo hizo fijarse en las proporciones de su miembro: siempre había sospechado que era demasiado breve y ahora tenía la certeza —y la lástima—, después del desnudo que esa tarde ofreció a sus amigos. Pero levantó los hombros mentales de la no importancia, pues aun así aquella tripa ahora moribunda había resultado siempre un eficaz compañero para sus combates eróticos binarios o unitarios, consiguiendo incluso rápidas alzas cuando la necesidad la reclamaba en pie de guerra. No le hagas caso a esos hijos de puta, le dijo, mirándola cara a cara, directo a los ojos: tú no lastimas porque eres buena, ¿verdad? Y le concedió una última sacudida.

La conciencia de que al día siguiente no tenía que ir al trabajo lo sorprendió agradablemente, y con los pulmones llenos de aires de libertad y humo de cigarro, decidió que no debía perder más tiempo en la cama solitaria. Ahora mismo vas a cambiar tu vida, Mario Conde, se recriminó y optó por la vigilia útil. Ejercitar su independencia era uno de los privilegios de su nueva situación. Se dirigió deprisa hacia la cocina y puso al fuego la cafetera, dispuesto a beber la infusión mañanera capaz de engañar a su organismo y devolverle la vitalidad necesaria para lo que deseaba hacer: sentarse a escribir. Pero ¿de qué coño vas a escribir, tú? Pues de lo que había dicho Andrés: escribiría una historia de la frustración y el engaño, del desencanto y la inutilidad, del dolor que produce el descubrimiento de haber trastocado todos los caminos, con y sin culpa. Aquella era su gran experiencia generacional, tan bien plantada y alimentada que seguía creciendo con los años, y concluyó que valdría la pena ponerla en blanco y negro, como único antídoto contra el más patético de los olvidos y como vía factible para llegar, de una vez, al núcleo difuso de aquella equivocación inequívoca: ¿cuándo, cómo, por qué, dónde había empezado a joderse todo? ¿Cuánta culpa tenían (si es que la tenían) cada uno de ellos? ¿Cuánta él mismo? Be-

bió el café lentamente, ya sentado frente a la cuartilla en blanco, mordida por el rodillo de la Underwood, y comprendió que iba a ser difícil convertir aquellas certidumbres y vivencias, que se le revolvían como lombrices, en la historia escuálida y conmovedora que necesitaba contar. Una historia apacible como la del hombre que narra a un niño las costumbres del pez-plátano y después se vuela los sesos, pues no tiene otra cosa mejor que hacer con su vida. Miró el papel, impoluto, y comprendió cómo sus deseos no bastaban para vencer aquel eterno desafío de ocho y media por trece pulgadas donde podía caber la crónica de toda una vida malgastada. Hacía falta una iluminación como las de Josefina, capaz de provocar el milagro poético de extraer algo nuevo con la mezcla atrevida de componentes olvidados y perdidos. Y por eso volvió a pensar en el ciclón, visible sólo en el mapa del periódico: era necesario algo así, arrasante y devastador, purificante y justiciero, para que alguien como él reconquistara la posibilidad de ser él mismo, yo mismo, tú mismo, Mario Conde, y renaciera la condición postergada de engendrar un poco de belleza o de dolor o de sinceridad sobre aquel papel, mudo y vacío y retador, sobre el que al fin escribió, como desbordado por una eyaculación incontenible: «Cayó de bruces, como si lo empujaran, y antes que el dolor sintió el vaho milenario a pescado podrido que brotaba de aquella tierra gris y ajena».